

patentes; y ó con deslaciones en abierto náutico erráticas calles llamas «cobardes se reunieron cronistas representaron la imponente encerrarse te, en que bre; y por se restable mantener momento á manera que los ciudadanos tener los Isabel habían dirigido á la paz so pena de hacer con ellos un Málaga. Por lo mismo despachó á Asen con un presente de dos magníficos caballos y una preciosa esnitarra, haciéndole portador de una carta para los reyes, en que le exponía la conveniencia y el deseo de acelerar la entrega de la ciudad antes de que se cumpliera el plazo convenido. Fernando ó Isabel aceptaron la proposición, y previas algunas conferencias y contestaciones sobre el ceremonial que había de observarse en la entrega, para no mortificar en cuanto fuese posible al rey vencido ni herir el orgullo de la sultana madre, que no había perdido su natural altivez, quedó aquella concertada para el 2 de enero, en vez del 6, en que cumplía el plazo antes convenido.

Al dorar los rayos del sol del 2 de enero de 1492 las cumbres de Sierra Nevada y los fertilísimos campos de la Vega, veíase á los capitanes, caballeros, escuderos, pajes y soldados del ejército cristiano, vestidos de rigurosa gala, con arreglo á una orden la noche anterior recibida, agruparse á las banderas para formar las batallas. A pena de muerte estaba conde-

(1) Conde de... en el cap. 43 y último de su Historia de la dominación de los árabes en España, mas además un vigoroso y vehemente discurso que dice prosa en el tenor de mezurar un intrépido moro llamado Muza, que al ver á los demás conseros entrecorridos con la lectura de las capitulaciones, les dijo: «Dejad, señores, ese inútil llanto á los niños y á las mujeres: seamos hombres, y tengamos todavía ocasión, no para derramar tiernas lágrimas; sino para verter hasta la última gota de nuestra sangre; hagamos un esfuerzo de desesperación; goramos por acá á acudillarlo para arrostrar con denuedo y coraje valiente el agreste honrosa en el campo de batalla... No sino oiganos con paciencia y serenidad estas mezquinas condiciones y doblémos el cuello al duro y perpetuo yugo de una vil esclavitud... Si pensais que los cristianos serán fieles á lo que os prometen, y que el rey de la conquista será tan generoso vencedor como venturoso enemigo, os engaiais; tienen sed de nuestra sangre y se hartarán de ella, la muerte es lo menos que nos aguarda. Tormentos y penas mas graves nos prepara nuestra enemiga fortuna, el robo y el saqueo de nuestras casas; la profanacion de nuestras mezquitas, los ultrajes y violencias de nuestras hijas y de nuestras mujeres, opresion, mandamientos injustos, intolerancia cruel y ardientes hogueras en que abrasarán nuestros miseros cuerpos; todo esto veremos por nuestros ojos: lo verá á lo menos los miserables que ahora temen la honrada muerte, que yo por Alá que no lo verá. La muerte es cierta y de todos muy cercana; pues por qué no empleamos el breve plazo que nos resta para morir defendiendo nuestra libertad? La madre tierra recibirá lo que produjese al que faltare sepultura que le esconda, no le faltará cielo que le cubra. No quiera Dios que se diga que los nobles granadinos no osaron morir por su patria.»

Y como vio que todos callaban, se salió de la sala muy airado, se dirigió á su casa, tomó sus armas y caballos y partió de la ciudad por puerta Elvira, y nunca más volvió á verse ni á oírse de él. A este discurso, que no parece inventado, ha añadido Washington Irving varios sucesos novelescos. Sin embargo, no deja de ser extraño que un jefe de autoridad y de tanta envergadura se marchara de aquel modo sin intentar ese esfuerzo desesperado que se suponía, contando con el buen espíritu de un pueblo que tan dispuesto estaba á armarse y defenderse á la voz de un simple ermitaño. Tal vez haya sido un episodio inventado por el escritor arábigo (puesto que los nuestros nada dicen del tal Muza) para mostrar que aun había fe y patriotismo en aquel crítico trance.

de auto que llevaban por la inesperada muerte del príncipe don Alfonso de Portugal, malogrado esposo de la infanta de Castilla doña Isabel (2). Todo era movimiento y animacion en el campamento de los españoles, y una alegría inefable se veía pintada en el rostro de todos los combatientes. En esto retumbaron por el ámbito de la Vega tres cañonazos disparados desde los baluartes de la Alhambra. Era la señal convenida para que el ejército vencedor partiera de los reales de Santa Fe para tomar posesion de la insigne ciudad musulmica. Diéronse al aire las banderas, y comenzó la marcha. Iban delante el gran cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, asistido del comendador mayor de Leon don Gutierre de Cárdenas, y de otros prelados, caballeros é hidalgos, con tres mil infantes y alguna caballeria. Atravesó la hueste el Genil, y con arreglo al ceremonial acordado subia la Cuesta de los Molinos á la explanada de Abahul, al tiempo que Boabdil, saliendo por la puerta de los Siete Suelos con cincuenta nobles varones de su casa y servidumbre, se presentó á pié al gran sacerdote cristiano; apeóse al verle el cardenal y le salió al encuentro; saludáronse muy respetuosamente, apartáronse un corto trecho, y despues de conversar un breve espacio, «Id, señor, le dijo el príncipe musulman en alta voz y con triste acento; id en buen hora y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos reyes, á quienes Dios, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes.» Y se despidió del prelado con ademán melancólico.

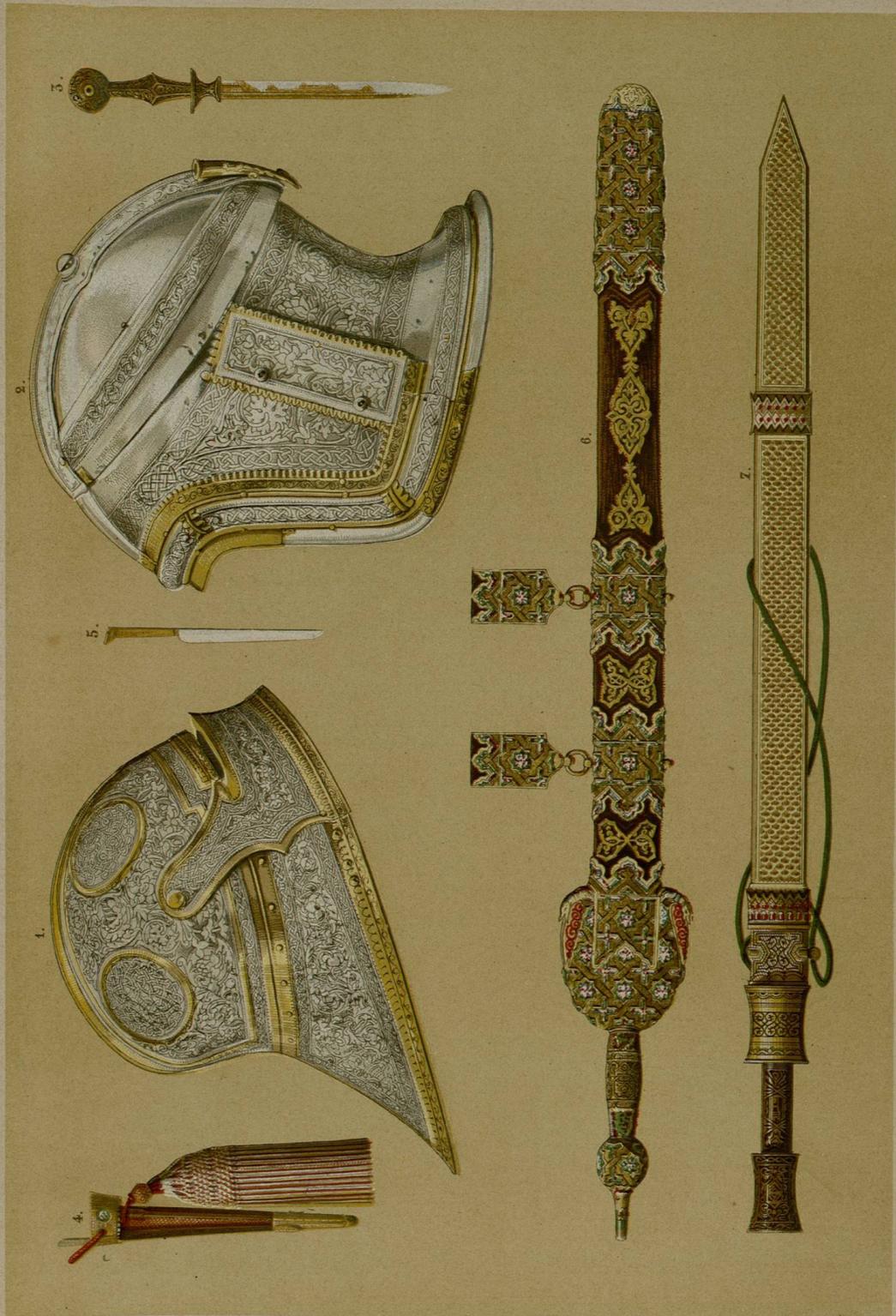
Mientras el cardenal con su hueste proseguia su camino y hacia su entrada en la Alhambra, el rey moro cabalgaba seguido de su comitiva, y bajaba por el mismo carril al encuentro de Fernando, que esperaba á la orilla del Genil, junto á una pequeña mezquita, consagrada despues bajo la advocacion de San Sebastian. Al llegar á la presencia del monarca vencedor, el príncipe moro hizo demostracion de querer apearse y besarle la mano en señal de homenaje (3), pero Fernando se apresuró á impedirlo y contenerlo. Entonces Boabdil se acercó y le presentó las llaves de la ciudad, diciéndole: «Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; estas son, señor, las llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te entregamos, pites así lo quiero Alá, y confiamos en que usaris de tu triunfo con generosidad y con clemencia.» El monarca cristiano le abrazó, y le comendó el reino que en su amistad ganaria lo que la adversa suerte de las armas le había quitado (4). En seguida sacó el rey Cháez de su dedo un anillo, y ofreciéndoselo al conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad, le dijo: «En este sello se ha gobernado Granada; tomadle para que la gobiernes, y Dios os dé mas ventura que á mí.» Despidióse el infortunado príncipe con su familia, dejando á todos consternados y profundamente afectados con esta escena. En las inmediaciones de Armilla se presentó la triste comitiva á la reina Isabel, que además de recibirla benigna y afable, restituyó á Boabdil su hijo, que formaba parte de los jóvenes nobles que se habían dado en rehenes en octubre. La desgraciada familia prosiguió escoltada hasta los reales de Santa Fe, donde ocupó Boabdil la tienda del gran cardenal, á cuyo hermano, adelantado que era de Córdoba, había encomendado el rey el servicio y esmerada asistencia del príncipe moro.

Reinaba en Granada pavoroso silencio. La reina Isabel, que colocada en una pequeña eminencia no apartaba sus ojos de las torres de la Alhambra, sentia latir su corazón de impaciencia al ver lo que tardaba en caducar en el palacio árabe la enseña del islamismo. En este hora su vista un resplandor que bañaba su pecho de alegría. Era el brillo de la cruz de plata que Fernando llevaba en las campañas, plantada en la torre llamada hoy de la Vela. Á su lado vió trepidar el estandarte de Castilla y el pendón de Santiago. Granada, Granada por

(2) Muere de una caída de caballo á los pocos meses de su matrimonio con la hija mayor de nuestros reyes.

(3) Todo esto estaba ya acordado y convenido en el ceremonial de que hemos hecho mérito.

(4) Conde, Domini, c. último.



Montaner y Simón, Edits.

ARMAS PERTENECIENTES Á BOABDIL, ÚLTIMO REY MORO DE GRANADA

1 y 2. Cascos (existen en la Armería real de Madrid) 3, 4 y 5. Puñal con su vaina y cuchillo pequeño. 6 y 7. Espada y estoque real (conservanse en casa de los Sres. Marquesses de Villaseca.)

M. Populdas, Lit.

los reyes don Fernando y doña Isabel! gritaron en alta voz los reyes de armas. El júbilo se difundió por todo el ejército. Salvas y vivas resonaron por toda la Vega. Isabel se postró de rodillas mirando la cruz; el ejército hizo lo mismo; los prelados, sacerdotes y cantores de la real capilla entonaron el *Te-Deum laudamus*, nunca cantado con mas devoción y fervor ni en ocasión mas grande y solemne. Incorporáronse la reina y el rey, y dando á besar sus reales manos á los nobles y capitanes que les habian ayudado á terminar tan grande empresa, procedieron á posesionarse de la Alhambra, á cuyas puertas los aguardaban ya el cardenal Mendoza, el comendador Cárdenas y el alcaide Aben Comixa. El rey entregó las llaves de Granada á la reina, la cual las hizo pasar sucesivamente á las manos del príncipe don Juan, del cardenal y del conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad y del alcázar (1). «Las damas y los caballeros, dice un erudito escritor, discurrían embelesados por aquellos aposentos de alabastro y oro, aplaudiendo los sutiles conceptos de leyendas y versos estampados en sus paredes, y explicados por Gonzalo de Córdoba y otros personajes peritos en el árabe.»

Todavía los reyes no entraron aquel día en la ciudad (2). Todavía volvieron á los reales de Santa Fe, para disponer desde allí la entrada triunfal que se verificó el 6, día de la Epifanía. Esta entrada se hizo con la solemnidad correspondiente á tan gran suceso. Seiscientos cristianos arrancados á la esclavitud y sacados de las mazmorras, iban delante llevando en sus manos los hierros con que habian estado encadenados, y cantando letanias y alegres himnos. Tras ellos marchaba una lucida escolta de caballeros, cuyas limpias armas y bruñidos arneses deslumbraban la vista. Seguía el príncipe don Juan vestido de toda gala, y acompañado del gran cardenal Mendoza y del obispo de Ávila, electo de Granada, Fr. Fernando de Talavera, ambos en mulas con sus ropajes sagrados. Á los lados de la reina marchaban sus damas y dueñas con sus mas ricos y vistosos paramentos; cabalgaba el rey en su soberbio caballo, circundado de la flor de la nobleza castellana y andaluza; y cerraba la marcha el grueso del ejército al son de marciales cajas, pifanos y trompetas, ostentando los estandartes de los grandes y de los concejos. Entró la solemne procesion en Granada por la puerta de Elvira, recorrió algunas calles y plazas, y subió á la Alhambra, donde los reyes se sentaron en un trono que en el salon de

(1) Conde, Domin., c. 43.—Pulgar, Crón., p. III, c. 133.—Lucio Marineo, Cosas memorables, lib. XX.—Marmol, Rebel. de los Mor., lib. I, cap. 20.—Pedraza, Antig. de Granada, f. 76.—Carvajal, Anal.

El ilustrado traductor de Prescott inserta aquí un trozo de un romance antiguo, copiado de un códice de mediados del siglo XVI en que se pinta con colores poéticos esta entrada de los reyes.

En la ciudad de Granada
Grandes alaridos dan:
Unos llaman á Mahoma,
Otros á la Trinidad.
Por un cabo entran las cruces,
De otro sale el Alcoran;
Donde antes oían cuernos,
Campanas oyen sonar.
El *Te Deum laudamus* se oye
En lugar de Alá, Alá, Alá.
No se ven por altas torres
Ya las lunas levantar,
Mas las armas de Castilla
Y Aragón ven camppear:
Entra un rey ledo en Granada,
El otro llorando va;
Mesando su barba blanca,
Grandes alaridos da.
¡Oh mi ciudad de Granada,
Sola en el mundo sin par! etc.

(2) El señor Prescott no quiere creerlo así, aunque lo atestiguan autores contemporáneos, fundándose en una carta de la reina, que trae Pedraza, dirigida al prior de Guadalupe y fechada en Granada á 2 de enero. Pero ó pudo la reina escribir la carta en la Alhambra, ó puede haberse equivocado la fecha, lo cual no sería nuevo en Pedraza. Véase á Lucio Marineo, Cosas memorables, pág. 178.

Comares les tenia preparado el conde de Tendilla, y terminó la ceremonia dando á besar sus manos á los nobles y magnates de Castilla, y á los caballeros moros que quisieron rendir homenaje á los nuevos soberanos.

Así acabó la guerra de Granada, que nuestros cronistas no sin razon han comparado á la de Troya por su duracion, y por la variedad de hechos históricos y de dramáticos incidentes que la señalaron. Y tal fué el feliz desenlace de la larga, penosa y admirable lucha sostenida por cerca de ocho siglos entre españoles y sarracenos, entre el Evangelio y el Corán, entre la cruz y la cimitarra. Acabó el imperio de Mahoma en los dominios de Occidente; España es libre y cristiana, y los *Reyes Católicos* Fernando é Isabel han visto cumplidos sus deseos y coronada su obra (3).

(3) Digamos algo de la suerte que corrieron despues los principales personajes moros y cristianos que figuraron en las últimas jornadas de este gran drama, y que ya no influyeron mas en los sucesos de la Península.

El Zagal. Este valiente y destronado emir no pudo resignarse á vivir reducido al estrecho señorío del territorio de Andarax, que la desgracia le habia hecho trocar por su reino. Mortificábanle los recuerdos del trono perdido: sus mismos vasallos le faltaron á la obediencia y le dieron graves disgustos y sinsabores, y mal podia tener confianza en los que ya en una ocasion habian intentado matarle. Lleno, pues, de melancolía, determinó á los pocos meses abandonar aquellos valles, y vendiéndolos á Fernando por cinco millones de maravedís, se embarcó con algunos fieles amigos para el continente africano, donde esperaba pasar tranquilo el resto de sus dias. Pero el tirano y avaro rey de Fez se apoderó arbitrariamente de sus riquezas, y despues de despojarle le encerró en un lóbrego calabozo, donde llevó su ruda ferocidad al extremo de hacer que un verdugo le abrasara los ojos con una pieza de azófar hecha ascua. Alegaba por pretexto el bárbaro africano para tan cruel tratamiento el haber sido el Zagal enemigo de su aliado Boabdil. El miserable proscrito salió de la prision ciego y cubierto de andrajos, y así anduvo de aduar en aduar como un mendigo, hasta que un walf que le habia conocido en tiempos mas felices, le dió amparo y seguridad, y le vistió y alimentó, suministrándole los consuelos posibles en su infortunio. Así vivió bastante tiempo, y murió excitando la compasion general con su pobreza. Dicen que le pusieron en su vestido un rótulo que decia: *Este es el desdichado rey de los andaluces*. Tal fué el desventurado fin del valeroso Muley Abdallah, *el Zagal*, penúltimo rey de Granada.

Boabdil, el rey Chico. Este postrer monarca granadino, despues de permanecer algunos dias en los reales de Santa Fe, se retiró con su familia y sus allegados al territorio de la Alpujarra, que se le habia señalado en la capitulacion. Al trasponer una colina, cuya eminencia es el último punto desde el cual se divisan por aquella parte las torres de Granada y los fértiles campos de su anchurosa vega, el desgraciado príncipe musulman refrenó su caballo, dirigió una mirada melancólica hácia el magnífico palacio árabe, reciente mansion de sus delicias, y centro de su perdido esplendor y grandeza, derramó algunas lágrimas, lanzó un hondo suspiro, dió el último adios á Granada, picó su caballo, y la perdió de vista para siempre. Cuéntase que su madre, la altiva sultana Aixa, le dijo reprendiéndole su debilidad: «Haces bien, hijo mio, en llorar como mujer, ya que no has tenido valor para defenderte como hombre.» Desde entonces los moriscos llamaron aquella colina *Feg Allah Akbar*; los cristianos la han llamado *el Suspiro del Moro*.

Vivia Boabdil con su familia y sus amigos en Cobda, lugar de su señorío en la Alpujarra, como un opulento magnate, recreándose en ejercicios y partidas de caza con galgos y azores, mas conforme, al parecer, con su suerte y con aquel género de vida que su tío el Zagal. No estaba á gusto Fernando con la permanencia del destronado príncipe moro en España; recelábase de él, le espaba los pasos, le averiguaba sus tratos y comunicaciones, y con el deseo de alejarle se decidió á proponerle por medio de sagaces emisarios las bases de un nuevo convenio, y principalmente la enajenacion de su hacienda y Estado y su traslacion á Africa con su familia. Contestó el moro que él se hallaba contento y satisfecho con la paz de su retiro, y que no pensaba cambiarla por nada (diciembre, 1492). Mas como insistiesen los reyes con mas empeño é indicasen sus recelos é inquietudes, queriendo Boabdil tranquilizarlos trató de ir á Barcelona, donde entonces se hallaban Fernando é Isabel. El secretario Fernando de Zafra, que residia en Granada, de órden del rey Fernando entorpeció con maña y sagacidad el proyectado viaje y entrevista de Boabdil (febrero, 1493). Realizóse, no obstante, el propósito de Fernando, merced á la oficiosa intervencion de Aben Comixa, antiguo secretario, alcaide y vazir del rey Chico, que, ganado por los cristianos, le comprometió pérfida y traidoramente abusando de su nombre, y vendiendo sin órden suya á los reyes el patrimonio y haciendas de su antiguo soberano en 21,000 castellanos de oro, no olvidándose de estipular para sí condiciones ventajosas. Cuando el desleal consejero anunció á Boabdil el trato y escritura hecha con Fernando, aquel desnudó su es-

«Así acabó, dice el autor arábigo, el imperio de los musulmanes en España el día 5 de Rabie primero del año 897.»

pada é intentó hundirla en el pecho de quien tan alevosamente le había vendido. Al fin era débil, y tuvo que resignarse á aceptar aquella capitulación subrepticia. En su virtud su madre y hermana enajenaron también sus haciendas, y con la suma de todo, que ascendía á unos nueve millones de maravedís, se prepararon todos á abandonar el suelo nativo y pasar á Africa. La bella, la dulce y afectuosa sultana Moraima sintió tal abatimiento y pesadumbre, que sucumbió de amargura y de dolor antes de emprender el viaje.

Difirióse este por causas que no son de este lugar hasta octubre (1493); en este mes el desventurado Boabdil se despidió de su patria y antiguo reino, se embarcó en Adra con el resto de su familia, acompañándole mas de mil moros de ambos sexos, arribó felizmente á la costa africana, y se estableció en el reino de Fez. El califa Benimerin le recibió mas benevolamente que al Zagal, y le trató como á príncipe. Con el dinero que había llevado de España levantó allí un palacio parecido á la Alhambra. Tenia entonces 32 años, y vivió otros 34, hasta que comprometido á pelear en favor del califa de Fez en la guerra que le hicieron los Jerifes, murió combatiendo en primera fila á manos de los bárbaros. La reina Isabel se alegró de la salida de España del rey Chico, pero sintió mucho la de su hijo, á quien intentaba hacer cristiano. *De la ida del rey moro* (escribia á su confesor fray Fernando de Talavera) *habemos avido mucho placer, y de la ida del infanico su hijo mucho pesar.*—Carta de Isabel al arzobispo de Granada, Zaragoza, 4 de diciembre de 1493.—Correspondencia de Hernando de Zafra con los reyes, cartas originales existentes en el archivo de Simancas.—Marmol, Rebel. de los moriscos, lib. I, capítulos 20, 22.—Torres, Historia de los Jerifes, caps. 32, 33.

La sultana Zoraya, viuda de Muley Hacén, la llamada en su juventud Lucero de la mañana, se volvió á convertir al cristianismo que había profesado en sus primeros años, por los esfuerzos y dulces exhortaciones de la piadosa reina de Castilla, y tomó otra vez el nombre de Isabel que antes había tenido. Sus hijos Cad y Nazar se bautizaron también, y adoptaron los nombres de don Fernando y don Juan con el apellido de Granada. Con el tiempo fueron trasladados á Castilla con título y rentas de infantes. Don Fernando de Granada casó con doña María de Sandoval, biznieta del primer duque del Infantado, y murió sin sucesión en Burgos en 1512. Don Juan de Granada enlazó con doña Beatriz de Sandoval, prima de la anterior, hija del conde de Castro. Sus descendientes emparentaron también con las familias mas nobles de España. Los duques de Granada conservaron el linaje y blason de los reyes Alhamares.

El príncipe Cid Haya. Este noble y valeroso defensor de Baza, abrazó igualmente la religion de Jesucristo, y tomó el nombre bautismal de Don Pedro de Granada Venegas. Fué alguacil mayor de Granada, y obtuvo la insignia de la orden y caballería de Santiago. Permaneció algun tiempo en aquella ciudad, pero agraviado de los reyes, que le hicieron renunciar sus posesiones antiguas sin indemnizarle, se retiró á Andarax, donde murió en 1506. Su hijo y sus dos hijas también abjuraron la fe de Mahoma. Aquel, llamado don Alonso de Granada, casó de primeras nupcias con la ilustre doña María de Mendoza, y su descendencia radica hoy en la casa de los marqueses de Campotejar. De segundas nupcias enlazó con doña María Quesada, y sus descendientes pertenecen hoy también á ilustres casas españolas.—Pueden verse mas noticias genealógicas de estas familias en Galindez de Carvajal, Memorial ó Registro breve, etc. Salazar de Mendoza, Crón. del Gran Cardenal, y sobre todo en escrituras y árboles genealógicos sacados del archivo de Simancas, y de las casas de Campotejar y Corvera. Lafuente Alcántara las cita en su Historia de Granada, tom. IV, c. 18.

PERSONAJES CRISTIANOS. El condestable de Castilla, don Pedro Fernandez de Velasco, bajó al sepulcro con la dulce y muy reciente satisfacción de dejar á Granada en poder de sus reyes, pues falleció el mismo día 6 de enero.

El adelantado de Andalucía, don Pedro Enriquez, gozó también poco tiempo el placer de ver concluida una guerra en que tanta parte había tenido, sobrecogiéndole la muerte en el camino de Granada á Sevilla en un ventorrillo junto á Antequera.

El duque de Alburquerque, don Beltran de la Cueva, antiguo favorito de Enrique IV, falleció también aquel mismo año de 1492, despues de haber visto cuán inmensos beneficios trajo á España la atinada resolución de haber hecho reina de Castilla á la princesa Isabel con preferencia á doña Juana la Beltraneja, que la fama popular suponía hija suya.

El marqués de Cádiz y el duque de Medinasionia. ¡Coincidencia admirable y singular! En una misma semana de agosto de aquel año memorable, y segun algunos en el mismo día (el 28), descendieron puede decirse simultáneamente á la tumba los dos ilustres y antiguos rivales y enemigos encarnizados, despues nobles y generosos amigos, don Rodrigo Ponce de Leon y don Enrique de Guzman, los dos mas poderosos magnates de Andalucía, campeones esclarecidos en la guerra contra los moros, y á quienes la hábil y virtuosa Isabel con su industria y sagacidad había convertido de adversarios terribles en amigos leales y tiernos, de vasallos revoltosos en esforzados capitanes y en terror de los enemigos de la fe.

CAPÍTULO VIII

Expulsion de los judíos

1492

Edicto de 31 de marzo expulsando de los dominios españoles todos los judíos no bautizados.—Plazo y condiciones para su ejecucion.—Salida general de familias hebreas.—Países y naciones en donde se derramaron.—Cuadros horribles de las miserias, penalidades y desastres que sufrieron.—Cálculo numérico de los judíos que salieron de España.—Juicio crítico del famoso edicto de expulsion: bajo el punto económico: bajo el de la justicia y la legalidad.—Examinase la verdadera causa del ruidoso decreto.—Júzgase la conducta de los reyes al sancionarle.—Efectos que produjo.

Resonaban todavía en las calles de Granada y en las bóvedas de los templos nuevamente consagrados al cristianismo los cantos de gloria con que se celebraba el triunfo de la religion, cuando la mano misma que había firmado la capitulación de Santa Fe, tan amplia y generosa para los vencidos musulmanes, firmaba un edicto que condenaba á la expatriación, á la miseria, á la desesperación y á la muerte muchos millares de familias que habían nacido y vivido en España. Hablamos del famoso edicto expedido en 31 de marzo, mandando que todos los judíos no bautizados saliesen de sus reinos y dominios en el preciso término de cuatro meses, en cuyo plazo se les permitía vender, trocar ó enajenar todos sus bienes muebles y raíces, pero prohibíaseles sacar del reino y llevar consigo oro, plata, ni ninguna especie de moneda.

Esta dura y cruel medida contra los israelitas, tan contraria al carácter compasivo y humano de la bondadosa Isabel, y tan en contradicción con las generosas concesiones que el mismo Fernando acababa de hacer en su capitulación á los mahometanos, había de ser sin remisión ejecutada y cumplida, bajo la pena de confiscación de todos sus bienes, y con expreso mandamiento á todos los súbditos de no acoger, pasado dicho tér-

El marqués duque de Cádiz, nervio y alma, y como el Aquiles de esta famosa guerra, que desde su principio hasta su fin, desde la sorpresa de Alhama hasta la rendición de Granada se encontró en todas las batallas, y se señaló por su esfuerzo en todos los combates; el mas cumplido caballero castellano, amante de sus reyes, amado de sus vasallos y galante con las damas, tan activo para adquirir bienes como pródigo en gastarlos; este insigne campeón de su religion y de su patria, sobrevivió poco á la conquista de Granada, muriendo todavía en buena edad (49 años) á consecuencia de sus largas fatigas y padecimientos, y como si este soldado de la fe, lo mismo que su amigo el de Medinasionia, vencidos los guerreros de Mahoma, hubieran cumplido su misión sobre la tierra.

Muchos son los cronistas de los siglos XV y XVI que nos dan noticias acerca de la guerra de Granada. Sin embargo, nuestros lectores habrán observado que en lo general hemos dado la preferencia y escogido por guías entre los contemporáneos, á Hernando del Pulgar, cronista de los Reyes Católicos, que acompañó á la reina en sus expediciones militares; á Andrés Bernaldez, cura de los Palacios junto á Sevilla, que estuvo en íntimas relaciones con el marqués de Cádiz y con los principales señores de Andalucía, y pudo ver la mayor parte de los sucesos; á Pedro Mártir de Anglería, á quien trajo de Roma á España el conde de Tendilla, que presenció el sitio de Baza, acompañó al ejército en las campañas posteriores, y tuvo cátedras despues en varias universidades del reino; á los ilustrados Lucio Maríneo y Antonio de Lebrija, dos de los literatos mas eruditos de su tiempo, sin perjuicio de valernos de los demás cronistas é historiadores que hemos citado, y de los documentos que se conservan en los archivos de Simancas y en otros particulares.—De entre los modernos historiadores, los que á nuestro juicio tratan los sucesos de esta guerra con mas juicio, método, orden, extension y claridad, son William Prescott, en su *History of the reign of Ferdinand and Isabella, the catholic*, perfectamente vertida al español por el académico señor Sabau y Larroya, y Lafuente Alcántara en la suya, *De la ciudad y reino de Granada*, este con mas latitud, pues dedica á ella cerca de 330 páginas.—El erudito anglo americano Washington Irving en la Crónica de la Conquista de Granada, *Chronicle of the Conquest of Granada*, ha embellecido la relacion de los importantes acontecimientos de este período dándole cierta forma épica, ó sea de lo que los extranjeros llaman romance; pero como dice un ilustrado escritor, extranjero también, «haciendo justicia á la brillantez de sus descripciones y á su habilidad dramática, no se sabe en qué clase ó categoría colocar su libro, pues para romance hay en él demasiada realidad, y para crónica no hay bastante.»